

# RAY LORIGA

Héroes



A partir de situaciones mínimas, a ritmo de drogas y música rock, *Héroes* cuenta la historia de un adolescente que se encierra en su habitación para huir de una realidad marcada por la explotación laboral y la falta de alicientes... A través de viajes alucinados y del recuerdo de sus amigos y su novia, hace de su cuarto un territorio propio, del que sólo saldrá convertido en un ángel... Una obra heredera de Bowie y de la poesía del rock and roll, con una prosa anárquica y contraria a la tiranía de la perfección, que constituye una original aportación a la cultura global de nuestros días...

Conducía un camión lleno de dinamita por la Plaza Roja cuando se dio cuenta de que ya no había nada que hacer allí. Se acordó de la foto de Iggy Pop y David Bowie en Moscú. Trató de encontrarlos pero no dio con ellos. Así que comenzó a angustiarse y se angustió tanto que se despertó.

Le pregunté: ¿Qué coño pasa? Y dijo: Nada, sólo era un sueño.

Después volvimos a quedarnos dormidos. Soñé que tenía una pistola de plata. Una pistola preciosa. Primero disparaba contra el tío que mató a Lennon y pensaba: eso está bien, pero después me ponía a dispararle a todo el mundo. Disparaba sobre los que iban de uniforme y me daba igual que fueran policías, carteros, azafatas o futbolistas. Sinceramente no sabía qué pensar al respecto. Cuando se terminaron las balas, tiré la pistola al suelo y eché a correr. Corría tan deprisa como podía, y podía correr realmente deprisa. Tanto que los niños temblaban en sus asientos cuando pasaba cerca de un colegio. Corría mucho más deprisa de lo que he corrido nunca despierto, dos o tres veces más. Cuando llegué a Moscú me puse a buscar a Iggy y a Bowie pero para entonces ya era viejo y estaba cansado. Un chico con una cazadora de cuero me dijo: Bowie ya no está aquí, se ha ido a Berlín, Iggy está con él. Hace rato ha venido tu chica, pero ella corría más que tú. Ya debe estar allí. Después el chico se marchó y me quedé solo y empecé a comprender que todo era un sueño, desde el principio. Porque yo no podía ver en sus sueños y porque ni siquiera tenía chica.

Muchos años más tarde estuve en Berlín con ella y, a pesar de que Bowie ya no estaba allí, pasamos un tiempo extrañamente feliz. Berlín es una ciudad jodidamente extraña. Contamos ángeles bajo la lluvia, saludamos a la gente del circo cuando ya se marchaban, compramos medallas a los desertores y yo me acordé de algo que decía Bob Dylan: «Te dejaré estar en mis sueños, si yo puedo estar en los tuyos».

Estábamos todos bebiendo pero de alguna extraña manera, como casi siempre, yo había perdido el ritmo. Era ingenioso cuando los demás eran entusiastas y entusiasta cuando ya todo el mundo empezaba a ser reflexivo y reflexivo cuando todos querían divertirse y estúpidamente divertido cuando ya estaban cansados. Alguien gritaba: ¡SOMOS PRÍNCIPES!, y yo repetía: ¡PRÍNCIPES, SI PRÍNCIPES!, y entonces otro decía: ¡SOMOS ÁNGELES!, y yo decía ¡ÁNGELES, SI ÁNGELES!, y corríamos de un lado a otro a por más cerveza y alguien ponía coca en una mesa de cristal y luego uno simpático, pequeño y feo pero al mismo tiempo especial y hasta guapo a su manera, como una de esas ranas que uno sabe que acabarán convirtiéndose en príncipe, me dio medio ácido y me pasó una botella de vino. Después llegó un rato malo, sin mucha gracia, la conversación se hacía pesada, como puré de verduras o algo así, hasta que apareció una preciosa chica rubia y alguien dijo como se llamaba, pero no me enteré, y se sentó en el suelo y el príncipe rana le pasó una guitarra y ella se puso a cantar con una voz que parecía estar agarrada a una cornisa con una sola mano y cantó algo sobre un corazón que pasaba la noche fuera de casa y que volvía siempre por la mañana destrozado en mil pedazos. Cuando terminó su canción todo el mundo aplaudió, y la chica rubia no dijo nada.

Tenía una sonrisa pequeña y eso fue todo lo que nos dio, aparte de la canción. Luego se metió en una de las habitaciones con uno de los tíos que había por allí. Uno de esos que definitivamente no se lo merecen. Cuando me

empezó a subir el ácido pensé: bueno, se acabó. No puedo seguir con esto; el trabajo y la apisonadora RESPONSABILIDAD-CULPA-DIOS TE QUIERE-TU FAMILIA TE QUIERE-TÚ NO TE QUIERES PERO ESO SE PUEDE ESPERAR. Pensé simplemente: adiós, se acabó. Seguí bebiendo cerveza y vino tan de prisa como pude y luego me levanté para cantar algo pero no me acordaba de ninguna canción, así que traté de recordar la canción de la chica rubia y se me ocurrió que si la cantaba la chica rubia saldría del cuarto y me diría algo. Algo bueno o algo malo, pero algo. El caso es que no me acordaba de la letra y terminé por cantar un trozo de una canción de legionarios. Soy un hombre a quien la suerte hirió con zarpa de acero, soy el novio de la muerte. Un niño de unos quince años que había ido allí a comprar caballo me tiró una lata de cerveza a la cabeza. Caí al suelo pero todavía estaba entero. Cogí la lata, la abrí y me senté a beber en silencio. No dije nada más en toda la noche. Antes de que todo empezara a moverse decidí que lo único que necesitaba era una habitación pequeña donde poder buscar mis propias señales. Sabía que no debería haber abandonado la primera habitación. Hacía casi diez años que lo había hecho. Vi claramente que todo funcionaba mal desde entonces. Empecé a imaginar cómo sería mi nueva habitación y decidí que no saldría de ella hasta estar verdaderamente capacitado para engrosar las filas de los ángeles.

\*\*\*\*

Mi hermano perdió una oreja en un accidente de tráfico. Mi hermano perdió su oreja y yo tuve que salir del cuarto para ir a buscarla o para ver por lo menos cómo quedaban las cosas después de eso. Mi hermano se quedó sin oreja y esa es básicamente toda la historia. Nunca hubiera salido si no hubiese sido por su oreja. No hay gran cosa que contar. Yo estaba en mi cuarto y mi hermano perdió una oreja. Eso es

lo que pasó. Ni más ni menos. A veces me he sentido desnudo y a veces me he sentido como un puzzle en las manos de un imbécil, pero nunca he perdido una oreja. Por eso salí del cuarto.

\*\*\*\*

Algunas mañanas eran iguales a otras mañanas en las que yo era considerablemente más pequeño, en las que era pequeño de verdad y aunque venía rebotado de circunstancias muy distintas, la sensación era casi la misma. Como dos caídas separadas por veinte años pueden suponer el mismo daño.

La sensación de niño era fundamentalmente la de estar desarmado, y en las mañanas de las que estoy hablando la sensación era la misma pero peor, como estar desarmado para siempre. En estos casos la duración de la putada es fundamental, porque no es lo mismo torcerse el tobillo que ser cojo. Un dragón al que se le ve el final de la cola no es un dragón demasiado peligroso, y un tren de diez vagones puede pasarte por encima pero no puede estar pasándote por encima toda la vida. Aunque probablemente no sea muy buena idea enfrentar la longitud de tu suerte a la longitud de un tren. El caso es que en mañanas como éstas me sentía francamente jodido, y trataba de encontrar una molestia nueva y me reventaba encontrarme con la estúpida molestia de la infancia. Y no sólo por las mañanas, también por las tardes o por las noches corres el riesgo de tropezarte con cuerdas y palos y balones y ventanas y camas y todo tipo de familiares o amigos y desconocidos y programas de televisión. Como la sensación de estar tumbado con la cara pegada a la hierba, que creías que había desaparecido para siempre. Es algo parecido a ser capitán de barco y que todos tus buques se llamen *Titanic*.

En medio de estas mañanas iguales siempre pensaba, y lo sigo pensando ahora, que no todo lo que encuentran en

tus bolsillos es tuyo.

\*\*\*\*

Siempre quise ser una estrella del rock and roll. Si me hubieras preguntado a los diez años, si lo hubieras hecho, ¿sabes qué habría respondido? Coño, tío, lo único que de verdad quiero es ser una estrella de rock and roll. Eso es lo que te hubiera contestado, pero si no preguntas, ¿cómo demonios vas a saberlo? Quería conocer algunas drogas y dormir poco, pasar algún tiempo sintiendo que mi cuerpo y mi cabeza corrían por caminos distintos. Quería estar solo demasiado tiempo y rodeado de gente demasiado tiempo, quería sentir cierto dolor extraño al que sólo las estrellas de rock and roll están expuestas y quería explicarlo todo de una manera confusa, aparentemente superficial, pero sincera, algo que sólo pueden apreciar los que han estado enganchados a la cadena de hierro y azúcar del rock and roll. Una de esas cosas que no puedes agarrar pero que pueden empujarte o darte de patadas en el culo. Pero nadie preguntaba, y así fue que por el camino estrecho de la más absoluta incomprensión llegué aquí, o al menos eso es lo que creo. Mi madre me dijo: Chico, olvídate de eso. Bajaré Dios del cielo para felicitarme por mi asado antes de que tú seas una estrella. Pero yo seguí a lo mío. Bailando con mi chaqueta roja todas las canciones de moda. Mal alimentado pero bien peinado. Sin esperanzas, sin futuro, pero con mucha clase. Ignorando los jardines y arrojándome de cara contra las ortigas. Bebiendo y subiendo a los ácidos, bajando de las noches de coca como el que se cae de un toro salvaje en un rodeo. Pasándolo bien. Besando a algunas chicas y corriendo después. Más rápido que el autobús del colegio. Más listo que los agentes de bolsa. Tan lejos de ellos como se puede estar. Así que ahora no necesito que nadie me desee suerte. He atado todas vuestras promesas con los cordones de mis zapatos y las he tirado al mar. Es

tiempo de celebraciones. Vamos a asistir a algunos cambios. Puedes estar conmigo y deberías estar conmigo porque desde la carretera no vas a ver nada. Voy a pasar tan de prisa que despeinaré a tus hermanos, aunque se hayan encerrado en la despensa. Tengo mi chaqueta roja y la palabra más imbécil en la que puedo pensar es DESTINO. Cree en mí o no creas. O mejor muérete. Estoy haciendo lo que puedo. No esperes que te hable de salvación. Sé lo mismo que tú. ¿No crees que podría ser mejor? Los chicos del otro lado de la ciudad ya lo están cantando. Pronto serás el único que no se sabe la letra. Si alguien se hubiera tomado la molestia de preguntar sabría que siempre he querido ser una estrella de rock and roll.

¿A dónde ibas después de *Satisfaction*? ¿Qué hacías después del *Black and Blue*?

Corría por una cuesta que había cerca de casa, era muy duro mientras subías, pero una vez arriba eras el primero en saber si iba a llover. Al otro lado de la carretera estaba el campo de fútbol. Había un tío al que atropellaron de niño mientras trataba de cruzar la autopista. El accidente le había vuelto simpático. Prácticamente era el único tío simpático de la zona. Las piezas de su cabeza se habían desordenado y después se habían juntado de manera distinta. Tenía un orden mental propio y mejor al de los demás tíos que andaban por allí. Bebía cerveza. Compraba una docena de latas y me las iba bebiendo. Las latas se calentaban pero no me importaba demasiado. Bebía cerveza caliente. Cuando estaba borracho cantaba *Fool to Cry*. Me imaginaba fuera, en un sitio mucho más grande, o dentro, en un sitio mucho más pequeño. El mundo entero o casi nada del mundo. Me sentaba y bebía. Me sentía como si nunca tuviera que bajar. Simplemente estaba ahí sentado, esperando que los Stones no estuvieran demasiado lejos y también que no estuvieran haciendo nada muy diferente. Trataba de estar en la misma órbita que Keith Richards. Aunque nos separasen un millón de kilómetros todo podía salir bien si



conseguía meterme en su órbita. Mi cabeza iba de Las Vegas a mis zapatos, y deseaba más que nunca tener unas botas de charol. Cuando, de alguna manera, el *Black and Blue* se esfumaba todo volvía a ser una mierda. Entonces venía la bajada y no era una bajada muy distinta a la de la cocaína. La carroza era una calabaza y los caballos ratas. Cuando no conseguía retener a los Stones en mi cabeza, volvían las ratas. Eso era todo lo que tenía entonces, o los Stones o las ratas.

Estaba sentado mirando la televisión con el volumen bajado, uno de esos dibujos animados japoneses en los que unos niños con los ojos inmensos tratan de destrozarse a otros niños con los ojos inmensos. Todos parecían estar muy cabreados. No eran más que niños pero tenían unas pistolas cojonudas y unas ametralladoras del futuro con cañones tan grandes como la taza del váter. Estaba viendo los dibujos y escuchando un disco de Red Hot Chili Peppers y eso era todo lo que quería hacer por el momento. Los japoneses se disparaban con sus cañones y a algunos les arrancaban la cabeza y a otros no. Lo cierto es que no conseguía distinguir bien los personajes porque todos tenían casi el mismo peinado y esos ojos inmensos y se movían de prisa para disparar y esquivar los disparos enemigos. Había unos con una pinta imponente que viajaban en una especie de motos sin ruedas que volaban a un palmo del suelo a velocidad supersónica. Ésos eran los más duros, nadie podía con ellos. Subí el volumen de la música para que se ajustase a la energía de los dibujos. Funcionaba de maravilla. Abrí una cerveza y me puse a pensar en todas las cosas que volaban por ahí fuera, cosas aparentemente inocentes que pueden volverte loco en cuanto te descuidas. Pensaba en todas las cosas en las que no quería pensar: neveras, zapatos de cordones, autobuses, bombillas, supermercados, puentes colgantes, sellos, sopas preparadas, anuncios por palabras, recibos de la luz, ollas a presión, rascacielos, el

papa, calcetines, elecciones, bombonas de butano, puzzles, condones y campeonatos del mundo de ajedrez.

Yo no quería ser pesimista. De hecho ser pesimista era lo último que quería en el mundo, pero todo lo que pensaba antes de quedarme dormido era triste porque no pensaba en mejoras sustanciales, sino en curvas y pendientes y precipicios y en general en cosas que caían como el plomo. Cosas que podía ser mi polla abandonada por todas las mujeres a las que nunca amaría y por mí mismo en precaución de que mi polla terminase por decidir lo que sería de mí, como un periscopio decide lo que será de un submarino, y otras cosas como aviones en los que pensaba escapar de España y es importante destacar que me cuesta casi tanto decir España como me cuesta decir el nombre de mi madre, lo cual al fin y al cabo justifica la aparición de ambas en mis peores sueños. Amigos a los que fallaría, o pistolas descargadas con las que tendría que enfrentarme a pistolas cargadas y manos sin puños y otros muchos sueños de miedo que ahora no recuerdo bien. Pero eso no era lo que yo quería, era más bien lo que temía, aunque sabía que uno siempre se encuentra con lo que teme, igual que siempre te estrellas contra lo que tratabas de esquivar. Porque las cabezas, sobre todo si son casi nuevas y están considerablemente confundidas, se llenan con lo primero que entra, y así terminan creyendo que las minas son objetivos y eso es precisamente lo que pasaba casi todo el tiempo durante esos días. De manera que no tenía mucho sentido tratar de mejorar las cosas porque los agujeros de mi calle estaban pintados con tanto empeño como un Bugatti en la línea de la mano de Isadora Duncan.

Aún y así me deseaba suerte todas las noches antes de quedarme dormido.

Bebíamos cerveza y conducíamos camino de la costa. Él tenía veinte años y yo diecisiete. Le había robado a su padre un Mercedes del 65. Era un coche precioso, plateado como el lomo de una carpa, con alerones traseros y salpica-

dero de caoba. En el colegio armaron un gran escándalo. Dijeron que pensábamos matar a alguien. Lo cierto es que llevábamos una escopeta de dos cañones y veinte o treinta cartuchos. Él conducía todo el tiempo. Decía: Todo se muere tarde o temprano. Yo le iba pasando las cervezas. Decía: Éste es un buen coche, no podrán agarrarnos con coche como éste. Cuando paramos en una gasolinera, el tío que ponía gasolina le dijo: ¿No eres muy joven para un coche tan bueno?, y él le contestó: ¿No eres demasiado viejo para un trabajo tan malo?

Compramos más cerveza y seguimos hasta el mar. Él me dijo: Todas las carreteras llevan a un sitio mejor, y yo me lo creí. Cuando llegamos al mar, dejamos el coche y nos fuimos a ver las olas. Era de noche y hacía bastante frío. Estábamos vestidos pero nos metimos en el agua. Teníamos tantas latas vacías en el coche que podíamos haber hecho un dique con ellas, pero preferimos meternos en el mar y dejar que las cosas siguieran su curso. Cuando salimos del agua me dijo: Se acabó. Ahora tengo que volver. Mañana por la mañana estaré otra vez en la ciudad.

Yo pensé que habría algo más pero no sabía que coño quería. Subimos de nuevo al coche y fuimos de un tirón hasta la misma gasolinera. El tío que ponía gasolina le dijo: Sabía que volverías enseguida, y él respondió: Yo sabía que seguirías aquí. Compramos más cerveza y comenzamos el camino de vuelta a casa. Creo que nunca he vuelto a subirme en un Mercedes, al menos nunca he subido en uno tan bonito. Cuando llegamos a la ciudad ya estaba amaneciendo. Él sacó la escopeta por la ventana y disparó una sola vez con una sola mano. Nunca supe si le habíamos dado a algo.

Me dejó cerca de casa. Parecía contento. Antes de marcharse me dijo:

Amigo, reza por algo que te libre de esta mierda.

\*\*\*\*

Quisiera dedicar una canción a todos aquellos niños a los que alguien se comió alguna vez en algún lugar del mundo por distintas buenísimas razones, todas ellas bendecidas por expertos religiosos o expertos financieros o simplemente expertos en el difícil arte de empalar cuerpos pequeños con una lanza. Como uno acaba dudando de casi todo, especialmente del propio vuelo, o sea de la distancia real que le separa a uno del suelo o lo que es lo mismo de la distancia que le vas sacando a las cosas, conviene hacer unas cuantas declaraciones de principios antes de cualquier viaje en barca porque después vienen los rápidos y entonces ya no sirven los remos para nada y todo lo que dices no se entiende porque no hay dios que hable con agua en la boca. Antes de que lleguen las cataratas, quería decir que me gusta chapotear y si suena artificial, que te den por el culo, porque hasta el más tonto sabe que no se puede chapotear en aguas profundas y si ves en eso rasgos de inmadurez que te den por el culo otra vez porque hace falta mucho valor para tirarse de cabeza donde no cubre.

Compraba bengalas y sembraba la autopista de bombillas, por las noches no veía gran cosa pero todo lo que veía era suyo. Se cortó un dedo de cada mano pero ella se quedó un par de días más a su lado. Desgracias de una línea y suerte de estribillo. Zapatillas de colores para todos los niños del mundo. De esas que tienen un colchón de aire en la suela y refuerzo de caucho en las punteras.

Cuando tenía catorce años todavía rezaba y le pedía a Dios una chica bonita. Jugábamos al fútbol todos los fines de semana y no siempre ganábamos. En realidad nunca ganábamos. Bebíamos cerveza y le pedíamos a Dios una chica bonita. Teníamos corbatas pero no las usábamos, sabíamos muchas oraciones pero no las rezábamos. Sólo nos acordábamos de Dios para pedirle una chica bonita. A los dieciocho entré a trabajar en una tienda. Nada más verle la cara al encargado perdí la fe. Era el chico de los recados y

aunque era un trabajo mal pagado, Dios sabe que nunca me quejé y que todo lo que quería era una chica bonita. Un día pedí permiso para ir al funeral de mi abuelo y me lo negaron. Un día pedí permiso para ir a vomitar y me lo negaron. Trabajaba cuando estaba enfermo porque decían que había muchos esperando mi puesto. No era divertido pero yo no pedía nada. No pedía nada más que una chica bonita. No me gustan los concursos pero he llamado a uno que se llama «Llame y pida». Sé que parece un juego de palabras pero no importa. He llamado y sólo he pedido un poco más de lo que pedía antes. Lo único que he conseguido es una batería de cocina mandada a la dirección equivocada. No acabo de entender por qué es todo tan difícil. Nunca he pedido nada. Nada que no sea una chica bonita.

\*\*\*\*

¿Qué hacías antes?

Antes tenía un trabajo. Me refiero a uno de esos trabajos que atan los días y los hacen iguales, como dos minutos sentado en el mismo banco son sólo uno. Los días de cobrar eran buenos. Dormía muy poco, tres o cuatro horas. Salía todas las noches. Por las mañanas mientras volvía a casa o directamente al trabajo, me sentía al principio de algo y al final de algo. Los días se arrimaban en espiral. Arrastraba la sensación constante de estar herido.

Sobre todo después de una noche con cocaína. Tropezaba todo el tiempo y me gustaba. Tropezar supone algún tipo de accidente. Oía a los Sex Pistols. A los Clash. Volvía a trabajar. Salía del trabajo y me iba a beber. El trabajo no era nada, sólo una especie de presión invisible. Una serpiente en el barro. Pero tampoco demasiado malo, ni demasiado duro, como mucho estúpido. Algo que hacer, como estar sentado o estar de pie. Ahora recuerdo más a los Sex Pistols que al trabajo. Recuerdo *Should Stay or Should I Go* de los Clash. Recuerdo las mañanas más que las noches

y estar desarticulado, como uno de esos muñecos del cuerpo humano en los que había que ir montando todas las piezas. Los riñones, el hígado, los pulmones, el páncreas y todas esas cosas. Un muñeco de plástico desarticulado. También recuerdo *Nebraska* de Springsteen, sobre todo *Johnny 99*. A Johnny le echaban del trabajo así que se ponía a buscar otro, pero estaban cerrando las fábricas y no había nada para él. Entonces Johnny bebía y conducía su coche a toda velocidad, después se compraba una pistola y le disparaba a un vigilante. Al final estaba ante el juez y decía: Deje que me afeiten la cabeza y me ejecuten de una vez. Era una buena canción. ¿Qué hiciste después?

Dejé el trabajo. Comprobé que la mayor parte de las luces se encendían y se apagaban sin contar conmigo; cines, cafeterías, grandes almacenes, coches, trenes y aviones, las farolas en los puentes y los semáforos. Así que puse los dedos sobre los interruptores que podía controlar. También imaginé que venía algo mejor y me senté a esperar dentro del *Blood on the Traks* de Dylan.

\*\*\*\*

Los niños del último curso se sientan en la hierba y esperan a que termine el verano para empezar a pensar en algo. Sueñan con ser astronautas pero el espacio no cuenta con ellos. Estarán tan cansados de esperar antes de que llegue el invierno que ya ni siquiera mirarán hacia arriba. Procura elegir bien porque un suicida no va a enseñarte a esquivar las minas. Las canciones que escriba a partir de ahora no van a explicarlo todo, pero quién coño quiere oírlo todo. Es más importante tener la ropa adecuada que tener la información adecuada. Esta ciudad puede matarte de un millón de maneras distintas antes de saber qué coño ibas a decir. Es jodido. Pero así están las cosas. Sólo te queda confiar en los ángeles y, bueno, creo que ya todo el mundo sabe que es David Bowie el que cuida de los ángeles. Así que ya sa-

bes hacia dónde tienes que mirar si quieres que amanezca más de prisa, o si en la mitad de la noche te da por pensar que no hay nada como estar en casa. Puedes apretar los ojos al dormir pero eso no hará que las pesadillas pasen más de prisa. Una desgracia no disminuye tu porcentaje total de desgracias, eso es algo que inventaron las compañías aéreas para animar a los viajeros después de un accidente. David Bowie es el único capaz de librarte del pánico. Lleva mucho tiempo cuidando de todos los ángeles y puede cuidar de nosotros si aprendemos a confiar en las canciones.

\*\*\*\*

Después de cerrar la puerta se puso a escuchar los pasos de todas las pequeñas venganzas andando por el pasillo. Algunas traían nombres que ella ni siquiera conocía. Pecados bíblicos y muertos de los que nunca había oído hablar. Crímenes caducados que reclamaban ahora su atención. Desgracias en herencia. Una de ellas se asomó a la ventana y le dijo:

Tarde o temprano saldrás. Sabemos que no puedes pasar los viernes en casa. Nos disfrazaremos de algún chico agradable con una amena conversación sobre perros y películas francesas, hablaremos de Rohmer si hace falta, traeremos vino y te haremos daño.

Después llegó otra distinta y le prometió algo grande si se esforzaba lo suficiente.

Casas con jardín y niños por todas partes, dentro del horno y debajo de las camas. Tendrás también esa olla de oro que hay al final de las películas.

Las pequeñas venganzas siguieron desfilando durante toda la noche y por más que las miraba no conseguía reconocer a ninguna.

Por la mañana dejó de escuchar pasos. Cuando bajó a desayunar su madre le preguntó que tal había dormido y